

había recibido de este mundo. Aquél que había recibido tantos favores divinos, á quien había suscitado Dios para levantar el velo que ocultaba á la humanidad el resto del Globo, yacía allí olvidado de los grandes, del pueblo, y presa de los dolores por cuyo medio se verifica la descomposicion de nuestro cuerpo mortal. Con todo, en medio de la invasion de la muerte, permanecía completa su firmeza de ánimo; su pensamiento continuaba limpio y claro como en la época de sus descubrimientos.

Conforme con la costumbre de su época y la inclinacion particular de su piedad, vistióse el hábito de la tercera órden de San Francisco, que había llevado tan á menudo; traje con el cual quiso la grande Isabel entregar á Dios el soplo que de él había recibido. Sus dos hijos, sus criados y algunos padres Franciscanos, sus amigos, enternecidos y consolados alternativamente por las palabras del moribundo, asistían á esa última lucha de la naturaleza contra la destruccion. Él mismo seguía sus rápidos progresos con clara percepcion. Terminadas sus edificantes exhortaciones, quiso, por última vez, ponerse en estado de recibir á su Dios por el sacramento de Penitencia (1). Ningun movimiento de orgullo por sus obras, ninguna ilusion de su gloria, vino á turbar con alguna tentacion importuna, el recogimiento de aquella hora solemne. La humildad del hábito de san Francisco residía verdaderamente en su corazon.

Colgadas de las paredes de la posada tenía á la vista las cadenas, aquella única recompensa que recibió realmente de sus trabajos sobrehumanos. Temeroso quizas de que la vista de aquellos hierros éxcitara en el corazon de sus hijos la ira contra la injusticia de la Corte, mandó que fueran depositados en su sepulcro borrando así aquella imágen de la ingratitud de los reyes (2). Despues de haberse dado á sí mismo aquella prueba de su sinceridad en perdonar las ofensas, teniendo profunda seguridad de que no guardaba sombra de amargura en su corazon, confesó por última vez sus pecados y recibió su absolucion. Los estragos físicos habían respetado todas sus facultades. En su extenuacion corporal, no se había debilitado su inteligencia. El contemplador de la Creacion debía guardar su lucidez de intuicion todo el tiempo que su alma quedara unida á su cuerpo.

El día que amanecía señalaba una de las grandes fiestas del Catolicismo, el aniversario de aquél en que el Hijo del Hombre, realizada ya la Redencion, é instituida su Iglesia, se volvió á su Padre para entrar otra vez en su gloria. El gran Almirante del Océano conocía que de hora en hora iba acercándose más al

(1) «Recibió con mucha devocion todos los sacramentos...» — *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.<sup>a</sup>, lib. VI, cap. xv.

(2) «Io gli vidi sempre in camera co lui ferri, i quali volle che con le sue ossa fossero sepolti.» — Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXVI.

puerto de la eternidad. Pidió el favor de recibir una vez más en la tierra el pan de los ángeles. ¡Qué espectáculo debió de ofrecer entónces aquel aposento de hospedería! El cristiano fervoroso, el favorecido del Señor, recibiendo la visita del Verbo divino bajo el simbolo eucaristico! ¡Qué efusion, qué suavidad, cuántos consuelos rebosarian en el corazon de aquel verdadero creyente! ¡Cuánta luz sobrenatural inundaría el lecho de su agonía! Con qué felicidad se prosternó ante su dueño que llegaba á su presencia! El divino Salvador, que lee en el interior de las almas, sabía cuán ardientemente había deseado el rescate de su sepulcro, la glorificacion de su nombre entre todas las naciones de la tierra; y los perseverantes esfuerzos que había hecho para lograr tan sagrados objetos. Por esto, á pesar del temor que toda criatura mortal debe experimentar ante la majestad del autor de la vida, estaba Cristóbal lleno de esperanza. Confiando en las bondades y la misericordia que le había mostrado el Redentor, su alma debió explayarse con tiernas delicias á la presencia real del Salvador debajo de aquel techo alquilado.

Otro instante, y su alma irá á gozar la vida eterna.

Tenía completa claridad de inteligencia á pesar de los progresos de su destruccion física. Cuando conoció que su fin estaba muy cercano, salió Colon de su recogimiento seráfico, y pidió él mismo el sacramento de la Extremauncion (1). La lucidez de su entendimiento estaba en todo su vigor. Pudo seguir las preces de la agonía que se rezaban por él. Escuchaba con humilde compuncion la *Comendacion* del alma que uno de los religiosos franciscanos hacia junto á su lecho: él mismo respondía á las sagradas preces. Luégo, despues de haber saboreado los amargos dolores de la agonía, conociendo que había llegado el momento supremo, á la hora del medio día, dirigió al Padre de los mundos las propias palabras que profirió el Salvador al espirar en la Cruz: «¡Dios mio, en tus manos pongo mi espi-ritu (2)!» y murió.

Era el día de la Ascension del Señor, 20 de mayo del año 1506.

### § III.

Á la manera que en la época de las persecuciones de la Iglesia se enterraban, junto con los mártires, redomitas lacrimales llenas de su sangre, y la imágen de

(1) «Despues, conociendo que se acercaba la hora de su muerte, se hizo administrar la Extremauncion.» — Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.<sup>a</sup>, lib. VI, cap. xv.

(2) «Y dicho estas últimas palabras: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.*» — Fernando Colon, *Historia del Almirante Cristóbal Colon*, cap. cviii.

los instrumentos de su suplicio; así también se encerraron dentro del ataúd de Cristóbal Colón las cadenas con que la ingratitud aprisionó sus pies y manos. Los franciscanos acompañaron después el cuerpo á la iglesia catedral de Valladolid, Santa María la Antigua, donde se celebraron muy modestamente las exequias del Almirante de las Indias; hecho lo cual trasladaron los mismos religiosos sus restos mortales á las tumbas mortuorias de su convento de la Observancia. Cristóbal Colón que había encontrado su primer asilo en un convento de franciscanos, recibió también de ellos la última hospitalidad. Pasados muy pocos días nadie en Valladolid se acordaba de aquella gloriosa sepultura, si exceptuamos á la familia franciscana. Es muy cierto que la muerte de un subgobernador, de un coronel hace hoy más ruido en una provincia, que no lo ocasionaba entonces en España la pérdida del hombre que había hallado un mundo.

El historiógrafo real no se dignó siquiera hacer mención de esta muerte. Pedro Mártir de Anglería, justamente enorgullecido en otro tiempo de sus relaciones familiares (1) con Colón, no sólo no habló de su enfermedad ni de su muerte, aunque se encontraba entonces muy cerca de Valladolid, en Villafranca de Valcazar, sino que ni siquiera tuvo una sola palabra de sentimiento para él. La crónica local, «*el Cronicon de Valladolid* (2)» acostumbrada á notar muy exactamente los más insignificantes acontecimientos de la ciudad, no dice tampoco una sola palabra de Colón. ¡Tán poco caso se hacía entonces de nuestro héroe!

El gran suceso, el principal asunto del momento era entonces la llegada de la princesa doña Juana con el presumido y galante archiduque de Austria, Felipe, apellidado el Hermoso. Todo el mundo hablaba reservadamente de las disensiones suscitadas entre los jóvenes esposos por la frialdad del hermoso príncipe y la ternura mal correspondida de la amante hija de Isabel. Asegurábase que sus pesares habían alterado su razón sin disminuir su amor, y que el rey Fernando detestaba de corazón á su yerno, quien por su parte le aborrecía con toda el alma. En medio de las intrigas á que esto daba lugar, y de los partidos que traían dividida la Corte, quedaba enteramente olvidado el nombre de Cristóbal Colón. En una orden del día 2 de junio de 1506, catorce días después de la muerte del Almirante, expedida con objeto de que fuesen enviados á su hijo mayor don Diego el oro y los objetos que pertenecían á su padre (3), no se halla ni una sola de aquellas expresiones

(1) «Scripsit enim ad me Præfectus ipse marinus cui sum intima familiaritate devinctus.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis prima*, liber secundus.

(2) La crónica de Valladolid que comienza el año 1333 y continúa hasta el año 1539, menciona á menudo hechos de tan mínima importancia que nadie los anotaría ahora. Sus redactores, del año 1506, juzgaron que la muerte de Colón era de tan poco interés que no hablaron de ella.

(3) Colección diplomática.—*Documentos diplomáticos*, núm. CLIX.

que debiera haber inspirado no ya el verdadero sentimiento sino siquiera las reglas del decoro. El Rey no hubiera podido hablar con mayor frialdad del último piloto ó del marinero más insignificante.

En Castilla, nadie se acordaba de Colón. Tan secreta había permanecido la noticia de su muerte, que algunas obras publicadas en el extranjero en los años siguientes hablaban de él como si viviera. Roma empero velaba por su gloria. El Pontificado protegía contra el olvido el nombre del Revelador del Nuevo Mundo.

Siete años habían pasado sobre su memoria sin borrarla completamente. Cuanto más se extendían los descubrimientos, más se hacía sentir la importancia de la empresa de Colón.

Comprendiendo el anciano Fernando que ni las prevenciones, ni las calumnias, ni la injusticia podían nada contra la eternidad de su obra, queriendo quizás apaciguar las acusaciones interiores de su conciencia ó quizás engañar á la opinión pública, borrar el recuerdo de su injusticia para con el Héroe, y adquirir la fama de monarca justo y agradecido, mandó que, á expensas de la corona, se celebraran pomposas exequias en honor del gran Almirante del Océano, y que Castilla concediera grátis dos metros de terreno al hombre que le había dado la mitad del Globo.

En su consecuencia, el año 1513, se turbó repentinamente la fúnebre soledad en que yacía el cadáver de Cristóbal Colón. Una orden del Rey mandó sacar del convento de los franciscanos de la Observancia de Valladolid su ataúd que fué trasladado á Sevilla con gran pompa. En la catedral se celebró una misa solemne, á la cual es indudable que asistirían oficialmente los elevados funcionarios de la marina y las oficinas de las colonias. Los que habían puesto dificultades á su expedición, apesadumbrado su grande alma, abreviado su vida y calumniado su memoria, sus enemigos de todo grado y de toda condición, vestidos de luto, adaptando su semblante á la ceremonia, rodearon hipócritamente el fúnebre catafalco. ¡Extrañas exequias mandadas por el autor de la muerte de Colón, celebrada con el concurso de los principales cómplices de aquel asesinato moral! Unión sacrilega de la piedad para con los muertos con un odio que traspasaba los umbrales de la tumba! Jamás en ningún templo fueron objeto de semejante solemnidad restos más gloriosos. Quizás no se hicieron nunca más extraordinarios funerales: porque en ellos estaba encerrada la sola recompensa que recibió del mundo el hombre que lo había doblado! Mientras vivió, se le había recompensado con cadenas; después de su muerte, se le concedía á lo menos una plegaria.

Terminados los responsos, sus amigos los Cartujos se llevaron el ataúd del Almirante allende del Guadalquivir, á su tranquilo retiro de Santa María de las Grutas, donde quedó depositado no entre los sepulcros de los señores de Alcalá, como lo dice equivocadamente el analista de Sevilla, sino en el interior de la